**De la casualidad a la caudalidad**

Consuelo Infante

Poco a poco la defensa del agua y de la vida ha ido llenando de efemérides el calendario de quienes escriben su cotidiano con dignidad.

Si bien hace 10 años, era difícil consignar fechas que dieran cuenta de movilizaciones comunitarias en luchas socioambientales, por un lado, porque el avance del extractivismo era solapado y menos demencial, y por otro, porque no asumíamos que vivir en un medio ambiente libre de contaminación era un derecho, hoy en día muchos han dicho basta.

Los esfuerzos comunitarios buscan frenar la obsesa meta minera de quintuplicar en menos de ocho años la inversión de las últimas dos décadas. Este crecimiento implica quintuplicar los daños a comunidades y sus territorios. Por eso Totoral, Huasco, Limarí, Copiapó y otras comunidades, han dicho basta, porque han visto cómo en veinte años la megaminería ha secado valles nortinos y llenado de carbón a pueblos costeros con termoeléctricas que alimentan este saqueo.

Las comunidades del sur se levantan cuando el decreto 701 pretende profundizar en los próximos 20 años la desertificación verde de los conglomerados forestales. Ya son 2 millones 300 mil hectáreas de pinos y eucaliptus que devastaron las antes tierras fértiles y aguas abundantes de nuestro sur. Por eso las criminalizadas comunidades mapuches y las y los campesinos, han dicho basta.

Diversas comunidades se organizan para frenar las pretensiones de transformar a Chile en potencia agroalimentaria y forestal en beneficio de industrias químicas como Agrosuper. Lo insostenible de ese modelo exportador levantaron a Freirina, Pichidegua, San Pedro de Melipilla, y a otros, que han dicho basta.

Así, se van articulando esfuerzos para aprender de las estrategias de los otros, a trabajar con lo que tenemos y no con lo que nos falta, a reivindicar como invaluables la tranquilidad, la soberanía alimentaria, la autonomía, el agüita limpia, el aire fresco, el mar despeinando las mañanas y la alegría de una vida sana.

Junto con expandirse la noción de que somos sujetos de derecho y no solo objetos de consumo, comprendemos que el “crecimiento sostenido” es crecimiento para muy pocos e insostenible para los ecosistemas.

Cada vez asoma con más certeza la idea de que no tenemos que estudiar para ser reproductores de una cultura de muerte, sino que es urgente recuperar los valores y modos de los más primeros de estas tierras, de quienes supieron hacer vida sin acumular y luchar porque nuestro paso se armonice con el entorno en un vivir sin dominar, compartiendo.

No se trata de idealizar, se trata de despertar los conocimientos que laten dentro, se trata de promover un caminar consciente que riegue futuro feliz para los y las que vienen, se trata de impulsar estrategias integrales de defensa territorial que contemplen lo comunitario, lo administrativo, lo comunicacional, lo judicial, lo legislativo, lo educacional, etc. La concurrencia de las múltiples capacidades que habitan nuestros espacios se deben asumir todas igualmente como imprescindibles.

Seguramente, aquí faltan esas infinitas efemérides cotidianas que a ustedes les toca rellenar en el callado día a día que es sostén de la lucha colectiva.